



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

HERCULIANO ZARZUELA
"UNA CALLE EN BÉLGICA"
ACUARELA SOBRE PAPEL 40*30



- Pablo Neruda
- HCF Mansilla
- Fernando Molina
- Almafuerde
- Tristan Corbiere
- José Antonio Valdivia
- Plácido Molina

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 666 Oruro, domingo 2 de diciembre de 2018



Maldad



La palabra maldad viene del latín *malitas*. Sus componentes léxicos son: *malus* (malo) más el sufijo *dad* (cualidad). La idea de mal o maldad se asocia a los accidentes naturales o comportamientos humanos que se consideran perjudiciales, destructivos o inmorales y son fuente de sufrimiento moral o físico. Para la ética es una condición negativa atribuida al ser humano que indica la ausencia de principios morales, bondad, caridad o afecto natural por el entorno y los entes que figuran en él. La Teología se ocupa del estudio del mal mediante su rama denominada Ponerología.

Psicólogos daneses y alemanes describen la maldad humana en nueve rasgos llamados *Factor oscuro de la personalidad* o *Factor D*, ya que esta cualidad maximiza el interés individual conscientemente sin tener en cuenta el daño que se puede ejercer sobre los demás. Estos rasgos son:

Egoísmo. Preocupación excesiva por el beneficio propio a expensas de los demás y de la comunidad.

Maquiavelismo: Actitud manipuladora e insensible hacia los demás, acompañada de la convicción "el fin justifica los medios".

Desconexión moral: Un estilo de procesamiento cognitivo que permite comportarse de manera amorala sin sentir remordimiento alguno.

Narcisismo: Auto admiración excesiva, acompañada de un sentimiento de superioridad y de una necesidad extrema de atraer constantemente la atención de los demás.

Derecho psicológico. Creencia persistente en que uno es mejor que los demás y por tanto merecedor de trato preferente.

Psicopatía: Falta de empatía y autocontrol, a lo que se agrega comportamiento impulsivo.

Sadismo: Deseo de infligir daño o violencia mental o física a otros por placer.

Interés propio: Deseo de promover y destacar el propio estatus social.

Rencor: Destructividad y disposición a causar violencia o daño a otros, incluso a costa de infligirse daño a sí mismo.

De: Wikipedia



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
orasma zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
telfs. 5288500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Oda al gato

Los animales fueron imperfectos, largos de cola, tristes de cabeza. Poco a poco se fueron componiendo, haciéndose paisaje, adquiriendo lunares, gracia, vuelo.

El gato, sólo el gato apareció completo y orgulloso:

Nació completamente terminado, camina solo y sabe lo que quiere.

El hombre quiere ser pescado y pájaro.

La serpiente quisiera tener alas.

El perro es un león desorientado.

El ingeniero quiere ser poeta.

La mosca estudia para golondrina.

El poeta trata de imitar a la mosca.

Pero el gato quiere ser sólo gato y todo gato es gato desde bigote a cola, desde presentimiento a rata viva, desde la noche hasta sus ojos de oro.

No hay unidad como él, no tienen la luna ni la flor tal contextura: es una sola cosa como el sol o el topacio, y la elástica línea en su contorno firme y sutil es como la línea de la proa de una nave.

Sus ojos amarillos dejaron una sola ranura para echar las monedas de la noche.

Oh pequeño emperador sin orbe, conquistador sin patria, mínimo tigre de salón, nupcial sultán del cielo de las tejas eróticas, el viento del amor en la intemperie reclamas cuando pasas y posas cuatro pies delicados en el suelo, oliendo, desconfiando de todo lo terrestre, porque todo es inmundo para el immaculado pie del gato.

Oh fiero independiente de la casa, arrogante vestigio de la noche, perezoso, gimnástico y ajeno, profundísimo gato, policía secreta de las habitaciones, insignia de un desaparecido terciopelo, seguramente no hay enigma en tu manera, tal vez no eres misterio.

Todo el mundo te sabe y perteneces al habitante menos misterioso, tal vez todos lo creen, todos se creen dueños, propietarios, tíos de gatos, compañeros, colegas, discípulos o amigos de su gato.

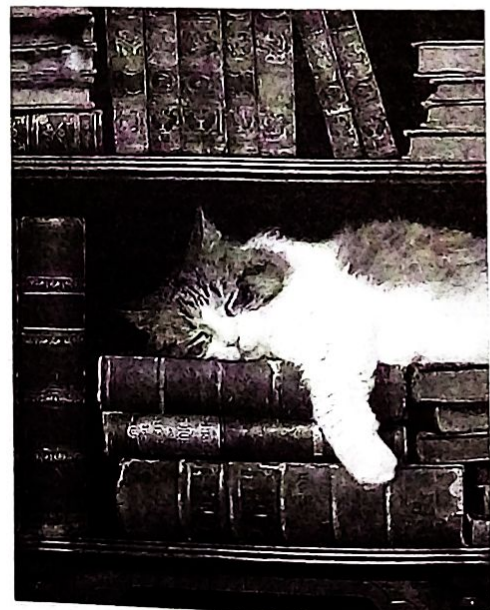
Yo no. Yo no suscribo.

Yo no conozco al gato.

Todo lo sé, la vida y su archipiélago, el mar y la ciudad incalculable, la botánica, el gineceo con sus extravíos, el por y el menos de la matemática, los embudos volcánicos del mundo, la cáscara irreal del cocodrilo, la bondad ignorada del bombero, el atavismo azul del sacerdote, pero no puedo descifrar un gato.

Mi razón resbaló en su indiferencia, sus ojos tienen números de oro.

Pablo Neruda. Chile, 1904-1973.
Premio Nobel de Literatura 1971.



Don Manuel en Bolivia

H. C. F. Mansilla

Deseo dedicar unas líneas a un eminente pensador hoy totalmente olvidado, que pasó una larga temporada en Bolivia (1985) y que publicó un libro relativamente temprano sobre el indianismo de este país (1993). Emanuel Sarkisyanz, de origen armenio, hombre de visión cosmopolita y enorme encanto personal, me impresionó profundamente. Era diferente en sumo grado a un profesor alemán. Cuando lo conocí era catedrático titular en la Universidad de Heidelberg, donde se distinguió analizando los curiosos y estrechos vínculos entre el budismo –la religión de la renuncia y la dulzura– y las terribles dictaduras del Asia Sudoriental. Los catedráticos conservadores pensaban que Sarkisyanz hacía un uso indebido e indecoroso del fenómeno religioso. Los intelectuales progresistas lo despreciaban porque él no atribuía una importancia decisiva a las relaciones económicas, a la lucha de clases y a los movimientos socialistas insurgentes. Precisamente por ello me cayó muy bien. En todas mis visitas a Heidelberg percibí que izquierdistas y derechistas no podían ocultar la molestia y hasta la envidia que les producía una persona de verdadero talento, espíritu crítico y conocimientos universales como era Sarkisyanz. No era, por supuesto, un especialista. Siguiendo las modas norteamericanas que ya dominaban el ámbito académico, que también han resultado obligatorias entre los pensadores progresistas, sus colegas hubieran preferido que él se limitara a ser un experto en fenómenos socio-políticos de Birmania, restringidos, además, a los años entre 1950 y 1970, temática con la cual había comenzado su carrera. Así no incomodaría a los otros catedráticos mostrándoles su espíritu provinciano, que es lo que él hacía mediante sus muchas obras sobre los temas más diversos.

Don Manuel, como le gustaba que lo llamen, publicaba libro tras libro –todos muy bien documentados y bellamente escritos– con una tendencia planetaria. Entre otros asuntos investigó, por ejemplo, el trasfondo religioso-milenarista del comunismo soviético, la evolución cultural y política de la India, la historia de Armenia, la independencia de las Filipinas, los comienzos de las ideologías fascistas en Gran Bretaña, Alemania y Rusia y las creencias religiosas en las sublevaciones mayas de Yucatán.

Le debo muchas ideas y sugerencias para uno de los temas que más me ha preocupado hasta ahora: los nexos entre la religiosidad popular, el maniqueísmo político y la cultura del autoritarismo en América Latina. Sarkisyanz me llamó la atención sobre la sedimentación de los fenómenos que acabo de mencionar en la mentalidad de los líderes de los partidos de izquierda. Se notaba que Don Manuel tenía muy poca simpatía por los partidos marxistas y comunistas. En el momento de conocerlo personalmente (1985), su afecto y sus esfuerzos investigativos estaban dirigidos hacia los movimientos indigenistas e indianistas de América Latina. Ese afecto nunca enturbió su capacidad analítica. Dedicó a esta temática los últimos años de su vida, que los pasó en Mérida (Yucatán), donde falleció,

rodeado por sus perros, en 2015. Sarkisyanz era, sin duda, un romántico, pero de talante crítico, atraído por el exotismo de las periferias, pero mitigado por su cosmopolitismo y las desilusiones sufridas en sus años jóvenes.

Cuando visitó Bolivia hablamos largamente en torno a su brillante estudio de 1955, hoy totalmente olvidado, titulado: *Rusia y el mesianismo oriental*. Este libro, basado en amplios materiales documentales y empíricos, nos muestra que los llamados saberes redentorios han sido parcialmente responsables por regímenes totalitarios, como fue el experimento iniciado en la Santa Rusia en 1917. Los saberes redentorios, unidos a formas dogmáticas de religiosidad popular y a la certidumbre de una misión sagrada e irrenunciable, integran literalmente todos los fenómenos histórico-so-

ciales en una filosofía de la historia que promete a sus creyentes el paraíso en la Tierra, pero les exige obediencia total.

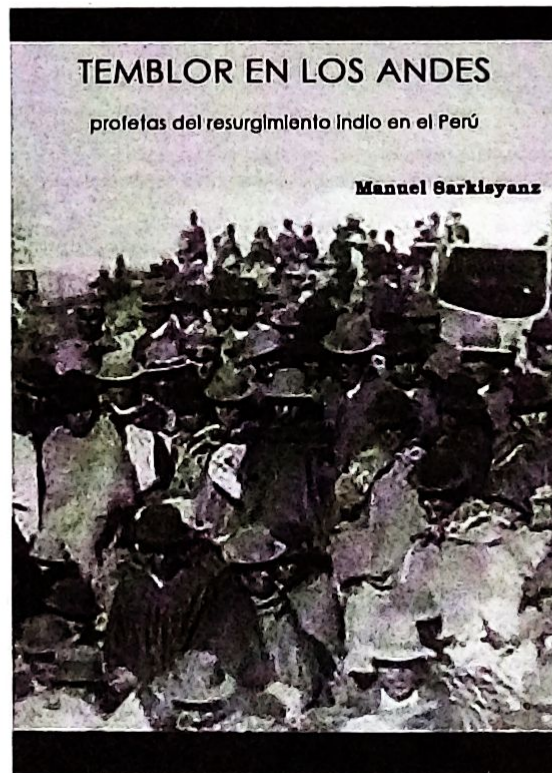
En la praxis política pueden ser altamente motivadores y despertar un gran entusiasmo que se extiende por décadas, pero no brindan una orientación democrática ni tampoco un impulso genuinamente crítico. Por aquel tiempo Don Manuel publicó en alemán varios escritos en torno al mesianismo político en el área andina, como *El temblor en los Andes*, el más conocido, y el libro dedicado a la memoria de Ramiro Condarco: *Kollasuyo: Historia indígena de la República de Bolivia. Profetas del resurgimiento autóctono*, que fue traducido posteriormente al castellano y publicado por la editorial Abya-Yala (Quito) en 2012. En Bolivia pasó totalmente desapercibido.



Sarkisyanz afirmaba que había nacido en Irán en 1920, pero Wikipedia dice que fue en Bakú (Azerbaiján) en 1923. Era de familia armenia, y como buen hijo de esta cultura dominaba varios idiomas a la perfección, poseía un gusto culinario espléndido y tenía una visión pesimista acerca de los designios humanos destinados a mejorar el mundo. Al igual que muchos escépticos, Don Manuel era un hombre indulgente con las flaquezas humanas y hasta mostraba una cierta comprensión con respecto a los horribles hábitos de la burocracia boliviana. Le gustaba que yo le relate detenidamente el calvario que es todo contacto de un ciudadano normal con las instancias estatales del país. Creo que utilizaba estas anécdotas para armar historias muy entretenidas que desembocaban en un tema central, que ha debido ser el trauma de su infancia y juventud: la indefensión y la vulnerabilidad de las personas corrientes ante los aparatos estatales que se distinguen por el comportamiento arbitrario de los funcionarios y la carencia de reglas claras. Sus narraciones tenían siempre el sabor local de Armenia y Persia, pero se percibía que les atribuía una especie de carácter planetario.

Cuando venía a casa siempre me traía un libro de regalo. Y, al mismo tiempo, iba directamente a la cocina y en pocos minutos y con escasos ingredientes preparaba platos exquisitos. Leyendo sus presentes me he convertido en un aficionado a las artes plásticas y la arquitectura en Armenia y Georgia. Al final de la tarde Don Manuel se ponía melancólico y se acordaba con mucho cariño de la patria de la infancia que ya no volvería a ver, esa Armenia o Persia embellecida por sus recuerdos, como él mismo lo admitía. ¿Pero qué haríamos si no tuviéramos por lo menos esa remembranza edulcorada?, me preguntaba retóricamente. Ya no sé si Sarkisyanz visitó Armenia después de su independencia en 1991. ¿Le habrían molestado la corrupción y la mala administración de la Armenia libre? Nos unía un vehemente interés por cuestiones ecológicas y la preservación de las especies en peligro de extinción: él adoraba a los animales pequeños. Y justamente hablando de la protección al medio ambiente es que Don Manuel me preparó a no tener ninguna esperanza en los designios humanos. Tomándose a sí mismo como ejemplo me dio una lección que nunca olvidaré: aquellos que tempranamente esbozan una buena explicación o descubren un fenómeno que debe ser investigado seriamente, son los incómodos precursores, los que serán olvidados radicalmente cuando la explicación o el fenómeno se hayan convertido en lugares comunes.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua





Soñé contigo

Fernando Molina

bo de decir? "Tomar las de Villadiego". Eso me lo enseñó mi profesor de primero de primaria que tenía ochenta y pico años. Pero es inevitable: comienzo a contar algo y la frasecita sale. Se me sale.) Bueno, como te decía, pese a la guerra de guerrillas, a la muerte de miles y miles, a los bombardeos e incendios, el dictador se negaba, se resistía a abandonar su puesto. Hasta que llega el fotógrafo éste, bien armado con una Nikon, y toma una foto, retrata con ella el asesinato de otro, que para la mala suerte del dictador también era periodista, y que para colmo de la salmuera del dictador también era gringo, y entonces el fotógrafo, con una efectividad que enviaría un pelotón, no, qué digo, con una capacidad operativa que ya quisiera una brigada completa, el fotógrafo, con más belicosidad que la Cuarta Flota, hace la foto y...

—¡Nick Nolte!

Aquí cabe un silencio que cabría calificarse como embarazoso. Nick Nolte, el mismo. Vaya, lo tenía en la punta de la lengua. ¿Y ahora dónde estaba, qué decía? No lo sé, me he perdido. No era esto, sin embargo, lo que quería contarte.

¿No? No. ¿Y qué entonces? Que el Nolte éste iba con la chica, en el auto. Ella era el personaje femenino puesto ahí para que se acostase con el protagonista. ¿Sabes?, un personaje sin ningún valor excepto ese, ser el objeto del deseo. Encima era fea, aunque no sé, hay que tomar en cuenta que todas las chicas del mundo eran feas en los ochenta. Mira a Madonna, por ejemplo, que treinta años después sería un verdadero bombón, una cincuentañera muy acostable —aunque la expresión exacta es muy encamable—, y en los ochenta era francamente horrible, enfundada como andaba en unas camisas tipo costal de papas (costal de papas convertido en ponchillo), y con calzas renacentistas. Bueno, pero no nos desviemos. Lo cierto es que el tal Nolte se la quería follarse, a la chica, digo, fea y todo.

Aunque quizá no era tan fea dentro de esa blusa desbocada que le llegaba a los muslos. Los ochenta. Y entonces, no sé muy bien cómo, mientras ambos están manejando, patrullando las calles desiertas y en ruinas de Managua, ella, no sé muy bien cómo, le confiesa que soñó con él. Y entonces él, que por supuesto no podía desaprovechar una oportunidad tan obvia, un lugar común, en realidad, casi no hay película que no tenga a alguien que no diga lo mismo, yo mismo seduje una vez a una chica así, aunque con una ligera variante pues le dije que soñé con ella mientras suma de fiebres, de una altísima fiebre que me tenía delirando, y que grité desesperadamente su nombre, cuando lo normal hubiera sido que exclamara el nombre del antibiótico, no sé, la frase "paños fríos", el apellido de mi doctor, lo que fuera; pero en lugar de eso chillé otra cosa completamente diferente, que sobresaltó a mi madre, devotamente inclinada a mi lado, como puede suponerse, y que no sabía a qué Juanita me refería.

En fin, lo del sueño es fácil. Era una bola regalada y Nick Nolte no iba a dejarla picando. No lo hizo. De inmediato le preguntó a la chica la pregunta obvia, la pregunta que todos los hombres del redondo mundo habríamos escogido de en medio de una lista de cien o mil interrogantes distintos: —¿Y cómo fue? (Cómo fue follarse conmigo en tu sueño, claro).

A lo que la chica respondió rápido. Es decir, no es que le hubiera impreso cierta velocidad a su respuesta —lo hizo pero no es esto lo que quiero decir—, sino que la chica respondió "rápido" (así me fallaste, amiguito, en el sueño: "rápido"

como la vida de una polilla). "¿Realmente?", atinó a replicar Nolte, siendo ahora él quien se la puso fácil a ella, hay gente a la que le gusta sufrir, que hace preguntas como esa. Igual le hubiera valido desnudar el cuello, agachar la cabeza y reclamar al filo, apúrate verdugo que más tarde tengo mucho que hacer. "Realmente rápido", dijo ella. El polvo de un chihuahua jadeante.

Bueno, pero no era de esto de lo que quería hablarte. ¿No? ¿Y entonces de qué? De que anoche soñé contigo.

Duró toda la noche. El sueño, digo. Pero no estoy tratando de mandarme la parte, porque no fue un sueño erótico. Debo confesar que ni siquiera estabas desnuda ni a medio vestir, sino que llevabas un atuendo cualquiera, veraniego, eso sí, sexy. Siempre estás sexy. ¿Siempre? Sí, siempre. Eras muy joven además, no sé, de dieciocho o veinte años, y me mirabas con una curiosidad que, si yo hubiera sido algo menor, quizá hubiera sido deseo. Una curiosidad que casi era deseo. Pero como en el sueño yo tenía la misma edad que ahora, tu mirada venía hacia mí y se detenía un poco antes, en el límite del interés, un tipo interesante, parecías decir, no muy lindo pero quizá también, visto desde cierto ángulo, y con cierta benevolencia, sexy. Lástima que sea tan viejo, parecías decir entonces, con la mirada, que se detenía en el borde. Veinte o veinticinco años... sí, por lo menos veinte años más que tú, en el sueño podía ser tu padre. El deseo, entonces, quedaba vedado. De tu lado, quiero decir, y tú, que en ese momento estabas bajo un árbol, era una plaza o algo así donde te soñé, lo tenías bien claro. De ahí la auto-limitación, la contención. En cambio yo sentía cierta confusión porque, como sabes, nadie, y mucho menos un hombre, es consciente de su edad y por eso tiende a considerarse a sí mismo, toda la vida, el pimpollo que fue, capaz todavía de levantar jovencuelas sin problema. En la vida real esa actitud normalmente me ha chocado, se me antoja lo menos lúcido que hay, no me gustan las Lolitas o quizá reprimo drásticamente la posibilidad de que me gusten, da lo mismo, no les concedo ni aun una segunda ojeada. El libro de Navokov sólo me excita literariamente, y con reticencias.

Sin embargo, en el sueño yo deseaba a esa muchacha que eras tú, la observaba intensamente, me había vuelto verde. Te veía bajo el árbol, mirándome con esa curiosidad sin compromiso, y sabía que lo próximo que haría sería acercarme a ti y meterme en algún flo grueso. Sin embargo, el sueño no derivó en eso (ya te dije que no). ¿Qué pasó? Fue algo raro. Estaba yendo hacia ti, me acercaba a tu árbol y a su sombra, estaba en eso, lo recuerdo bien, cuando súbitamente supe, como si me hubiera desdoblado, que eso era un sueño y que yo no iba hacia ti sino hacia una imagen onírica generada por las zonas subcorticales del cerebro. Iba y no iba, porque al mismo tiempo me miraba yendo. Era dos al mismo tiempo y pensaba con dos mentes. Una mente me decía que, sin importar lo que pasara cuando nos encontráramos, tal vez el levantamiento de las barreras y el desborde, pese a todo, igual sería falso, inexistente, psicológico, vicario. La otra mente, la segunda, que era la que me guiaba hacia ti, la que me permitía verte, entre irónica y preocupada, viéndome a la vez mientras me acercaba, esa mente creía en ti, confiaba en ti, quería llegar a ti, tener-te muy cerca aunque tú no estuvieras invitándome a eso, sino todo lo contrario, cada vez parecieras más preocupada por esa incesante aproximación sin freno. Esa mente producía el anhelo. La otra, asentada en el escepticismo, intentaba alertarme respecto al carácter evanescente de tal expectativa. La quiero, decía una de las mentes. Es un espejismo, respondía la otra. Busco, necesito alucinar. De

Una vieja película con... ¿cómo se llamaba? El actor ese. No puedo creer que ahora no recuerde su nombre, si fue mi primer ídolo de Hollywood, aunque no lo conocí de una película sino de una serie de televisión. Hombre rico, hombre pobre, se llamaba. La serie, digo. Era la historia de dos hermanos que tienen una vida completamente diferente, uno boxeador y alcohólico, y el otro político millonario, como decir el bueno y el malo, la víctima y el hijo de puta. Y así eran, claro. Fue una serie muy exitosa, que mi madre no se perdía, y este actor, del que no me acuerdo el nombre, creo que debutó en ella. Era grandote y muy rubio, con la cara y la actitud típicas del duro norteamericano, silencioso, hecho a golpes, dado a los golpes, golpeador él mismo y muy bueno para recibir, también. En el ring le daban unas palizas sólo comparables con las tundas que afuera le propinaba el trago. Era grandote y guapísimo, más viril que el hombre Marlboro, muy salido de la clase obrera, todo él tallado en madera. Manos grandes, frente amplia, ojos clarísimos, anglosajón puro. ¿Te acuerdas? No sé cómo puedo... Bueno, no importa. Lo cierto es que en esta peli, en la peli que te estoy contando, claro, no la otra que solamente era una serie de televisión, este actor hacía de periodista. De fotógrafo, si quieres ser preciso, de corresponsal de alguna agencia extranjera cubriendo la revolución nicaragüense, la caída de Somoza. Creo que está basada en un hecho de la vida real. Al final el tipo es el héroe. Es el que logra, el que precipita, el que hace inevitable el derrocamiento del dictador que no puede ser más que Somoza, aunque nunca se lo nombre directamente. Lo que demuestra que muy real no puede ser, la peli, digo, un gringo sacando una foto y liberando a todos los pinches nicas que hasta ahí luchaban enconadamente, le daban y daban a los fierros sin lograr persuadir sin embargo al dictador a tomar las de Villadiego. (¿Te imaginas lo que aca-



Almafuerte: Evangélicas negras

“Buena Vista”, seudónimo del escritor, periodista y abogado
Walter Montenegro Soria
(Cochabamba, 1912 – La Paz, 1991)

qué serviría. Quizá este sueño podría volverse erótico. Quizá, ¿bajo un árbol? Es un sitio como cualquier otro, conozco gente que... No es tu caso. Por ella podría cambiar. Siempre será un sueño. Todo lo que hacemos, al final, lo hacemos dormidos. Duerme, abandónala. No. Vamos, déjala, mueve la cabeza, voltéate en la cama, invoca otros paisajes, otros sucesos, otros espectros. No.

Luego me desperté. Todavía era el principio de la noche, ni siquiera había cambiado el día. Creí que me desvelaría, pero en lugar de eso me volví a dormir enseguida. Mientras lo hacía, mientras caía por segunda vez en el sueño me propuse aterrizar en tu cama, tú y yo entrelazados, besándonos. Lo siento, pero eso era lo que quería. A pesar de ello aparecí nuevamente en la misma plaza, no pude dirigir mi caída hacia otro sitio, la plaza de antes, idéntica, y tú mirándome, muy joven, en fin, la misma situación que antes, y eso me anunció automáticamente, dentro del sueño, que, obvio, estaba soñando, que soñaba otra vez. El desdoblamiento. La lucha de mentes. E invicta, finalmente, la palabra no. Me la pasé así toda la noche. De nada sirvió tratar de salir del círculo, de cambiar de tema, por decirlo así. Una y otra vez volvía al mismo sitio, a la misma circunstancia, a la misma chica, que eras tú y no lo eras. Una y otra vez me lanzaba en tu busca y era detenido. Una y otra vez eso me azuzaba y lo intentaba de nuevo. Aunque no sé si en realidad era eso, si era una cuestión de rebeldía. Yo diría más bien que tenía esperanza. Por eso le decía no a esa mente que también era la mía, y que ciertamente constituía mi nexo con la realidad. Pero yo no quería captar la realidad, volver en mí. Sólo quería dormir y, si eso era posible, dormir yendo hacia ti, mientras iba hacia a ti, y llegar a ti entonces, completamente dormido, de pie pero soñando, un sonámbulo en marcha, un sonámbulo que no llegaba pero que al fin estaba a salvo.

¿Cómo fue, entonces? No sé, la verdad; pero estoy seguro de que con la práctica mejoraremos.

* Fernando Molina Monasterios.
La Paz, 1965. Escritor y periodista.



- Los héroes debieran morir inmediatamente de producido su acto heroico, a fin de que no caigan en la cobardía de la lamentación y el gemido.
- No hay lágrimas más fastidiosas que las de aquellos que pudiendo ser no lo fueron.
- Una vida gastada, aunque haya sido la más útil, es un andrajo despreciable.
- “Lo que sirve no estorba” y lo que estorba debe ser removido.
- El convencimiento del propio desequilibrio es la sola chispa de luz que alumbraba en el cerebro de los insanos: todo enajenado sabe que lo está.
- Aquel que se presenta cubierto de lodo en una sala, causa repulsión general, aunque vuelva de realizar los doce trabajos de Hércules juntos.
- En el mundo no se averigua ni la razón de ser de las máculas, ni el origen de los perfumes.
- No hay cosa más espantosa que sobrevivirse.
- No valer ya, es más doloroso que no haber valido nunca.
- El que pone manteles de seda en las mesas ajenas, se expone a carecer de pan en la suya propia.
- Pedir es una manera de robar.
- De cien que se te presenten lacrimosos, los noventa y nueve se han untado los ojos con alguna sustancia cáustica.
- No todos los traidores se ahorcan; porque, si así fuera, no habría un solo árbol sin un Judas pendiente.
- Cuando repartas tu pan entre los pobres, hazlo convencido de que practicas una injusticia: no hay un solo muerto de hambre que sea digno del mendrugo que se le arroja.
- Toda mano está condenada a herir y toda espalda tiene un sitio aparente para el estiletazo.
- Nadie que haya hecho algo bueno ha querido hacerla.
- ¡Aquel más criminal y más vil, todavía es más!
- El que se hace temer, concluye por hacerse amar.
- Nunca quieras conocer los secretos ajenos, si no eres capaz de manejarlos como a un par de riendas.
- Nadie está tan alto, que no esté al alcance de la mano de su enemigo.
- No todos los que perdonan, perdonan; porque perdonar no es vengarse.
- A muchas privaciones se suele someter el hombre voluntario, nada más que para conquistar el derecho de que le pronuncien un discurso sobre su cajón, antes de enterrarlo.
- Cualquiera de los que pasan por tu lado en la vía pública



o te saludan amablemente en el salón, te arrancaría ferozmente tu salvavidas, en caso de naufragio.

- Son los excesivamente buenos los que ven más claramente la perversidad humana; porque ésta se despoja de toda simulación delante de ellos.
- Pero, como los excesivamente buenos son excesivamente tontos, no son capaces de utilizar de ningún modo semejante descubrimiento, y van como lanzados a que los devoren.
- Cada vez que te conmuevan las lágrimas de alguien, enciérrate en el más profundo agujero de tu casa y aplícate cien bofetadas en pleno rostro, por femenino y miserable.
- Ni tus hermanos son tus hermanos.
- A aquel que no tenga nada más que un pedazo de capa para resguardarse del invierno, arráncaselo de los hombros y déjale desnudo.

“Almafuerte” pseudónimo de Pedro Bonifacio Palacios (Argentina, 1854 - 1917).

Tristan Corbiere

Tristan Corbiere (Édouard-Joachim Corbière). Francia, 1845-1875. Falleció de tuberculosis a los 29 años. Su obra no fue conocida hasta que Paul Verlaine lo incluyó en "Los poetas malditos" elevando su trabajo a la luz pública y estableciéndolo como uno de los Maestros del Simbolismo. Su único poemario *Les amours jaunes* (1873) aparece presidido por el sarcasmo, la crítica irónica y el espíritu de rebeldía no obstante su lirismo denota atracción por el océano, la tierra y la gente de Bretaña.



Se extinguió de entusiasmo y murió de pereza...

Se extinguió de entusiasmo y murió de pereza;
si vive es por olvido; no ser en una pieza
él mismo y su querida fue su única tristeza.
No nació de ningún modo;
va donde el viento lo deja;
es cual bazofia compleja,
mezcla adúltera de todo.
Hecho de "qué se yo". Un lince
en cuanto a vista. Oro y poco dinero.
Muchos alimentos y... un esguince
si el brío ha de ser duradero.
Un alma inmensa para quien no tiene violón.
Demasiado amor para un mal garañón.
Muchos hombres y... ninguna demostración.

Omitimos trozos de los más regocijantes.

Sin empaque. Solo engréido
por lo único. Cínico y bobo.
Creyendo a todos, descreído.
Gustó el hastío con arrobo.

Alma seca, beoda mollera.
Tan suyo, que a sí mismo era
fuerza el poderse tolerar;
murió mirándose vivir,
y por no saber acabar
vivió dejándose morir.
Aquí yace este corazón,
flor de fracaso y perfección.

¡Vete rápido, aleve peinador de cometas!...

¡Vete rápido, aleve peinador de cometas!
Tus cabellos serán las hierbas en el viento;
de tus ojos abiertos brotarán los fuegos
fatuos, prisioneros de las pobres cabezas...

Las flores de las tumbas que llaman "amoríos"
crecerán abundantes de tu risa de tierra...
y los "no me olvides", flores de calabozo...
no quieras ser pesado: féretros de poetas

Son un simple juego para el sepulturero,
la caja de un violín que suena a hueco...
Te crearán muerto -ah, los tontos burgueses-
¡Vete rápido, aleve peinador de cometas!

Si tú, guitarra mal templada...

Si tú, guitarra mal templada,
kriss indio, bárbaro tres veces,
caja en los suplicios versada,
con mi pobre voz no enalteces
la dulzura de mi martirio,
y tú, cigarro, si a otros yerros
no me llevas, cual faro o cirio...
-¡Maldito este oficio de perros...!
Si la tromba de mi amenaza
pasajera cuando maldigo,
todo lo enturbia o deslavaza,
-La mudez sea conmigo...
Y si es mi alma un encendido
mar que no tiene ola ni brisa,
-Por estar helado y cocido...
oscuro el bulto a toda prisa

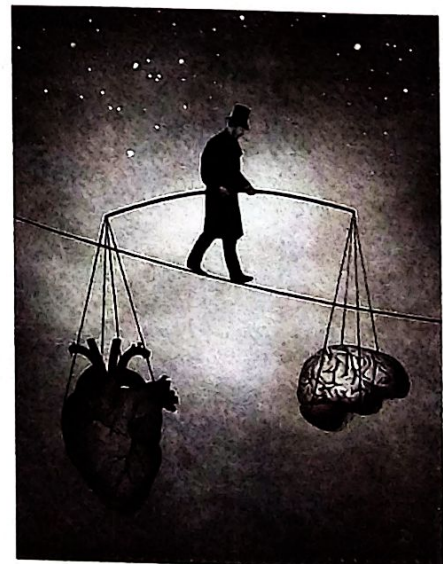
Pobre muchacho

Él, que altivo silbaba su tonada en falsete,
se humillaba ante mí: lo veía buscar...
No encontrar... me gustaba percibir la torpeza
de este héroe que no supo descubrir que me amaba.

Sobre su corazón tempestuoso alcé
cabrillas. Él miraba... ¿Eso lo consumía?
¡Qué instrumento tan reacio a dejarse pulsar,
un poeta!... Y pulsé. Yo pulsé y me gustaba.

¿Ha muerto?... Era un muchacho, por lo demás curioso.
¿Tomó excesivamente en serio su papel?
Sin decírmelo... al menos.
-Porque ha muerto, ¿de qué?...

¿Acaso se dejó vaciar de poesía?...
¿Moriría de tisis, de beber o de chic?
O quizás, finalmente: de nada...
o bien de Mí



Francis Scott Fitzgerald y el ansia de Triunfar

Por: José Antonio Valdivia. Escritor, abogado y catedrático universitario.

De: "Adiós Siglo XX" - Colección de ensayos - 2006

Segunda y última parte

Las Apagadas Luces del Desencanto

Fitzgerald conoció el éxito a una edad en la cual muchos jóvenes escritores se resignan a ser más jóvenes que escritores. Tenía 24 años de edad. "A Este Lado del Paraíso" le abrió dos puertas paradisíacas: la literaria y la pecuniaria. Tal éxito provocó que Zelda Sayre, musa que lo rechazaba con sistemática, cayese rendida de súbito amor.

Sus cuentos y artículos empezaron a tener intensa demanda en las revistas de moda. Con el tiempo llegaría a escribir alrededor de 160 cuentos. Algunos de ellos son casi perfectos: *El Diamante tan Grande como el Ritz*, *Regreso a Babilonia*, *Niño Rico*, *El Palacio de Hielo*, *Día de Mayo*.

Incluso *Absolución*, uno de sus cuentos menos logrados, queda en la memoria del lector por el brillo de los diálogos. El adolescente atormentado por la mentira, y el sacerdote, atormentado por la pasión, se absuelven con benevolencia recíproca. El sacerdote expone una de las claves narrativas de Fitzgerald. Le dice al adolescente: el mundo es un Edén, pero no te le acerques mucho; si lo haces sólo sentirás el calor, el sudor y la vida. Era una recomendación que el escritor habría de desoír, impelido por su vitalismo desenfrenado.

Los relatos de Fitzgerald son fotografías narrativas de época. Sus lectores se reconocían en ellos, y se disputaban los ejemplares que caían en sus manos. Los títulos de esos volúmenes tenían buen sabor de época: *Coquetos y Filósofos*, *Cuentos de la Era del Jazz*.

Pero la energía del autor iba más acelerada en el exigente ámbito de la narración larga. Publicó una segunda novela, con exiguo éxito de crítica y de público: *Los Bellos y los Malditos*. Y en 1925 publicó su obra magistral: *El Gran Gatsby*.

Ebrio de gloria y poder de seducción, Fitzgerald marchó a Europa con Zelda. Ambos fueron anfitriones amables y trasnochadores de esa fiesta que, según Hemingway, fue el París de los años veinte. Conocieron al hada madrina de la "Generación Perdida", Gertrude Stein, de quien se dice que gustaba de dar celta charla a los intelectuales, en tanto que dejaba a las esposas de éstos a cargo de amigas que sólo jugaban a las cartas.

Sin embargo, la bohemia desmesurada empujó a Fitzgerald y Zelda hacia la más inconsciente danza que sólo puede darse al borde del abismo. No les previno del estropicio ni la presencia de su pequeña y única hija, Scottie.

El escritor cayó en la dipsomanía, "y su delicada boca irlandesa de larga línea de labios" (Hemingway), insultaba con profusión a camareras y policías.

En 1930, Zelda Sayre, presa de una esquizofrenia progresiva, tuvo que ser internada en un sanatorio. Y luego en otros. Habría de perecer, años más tarde, en el incendio de uno de ellos.

Fitzgerald comenzó a comprender que las luces del encanto, una por una, se le iban apagando. Intentó relanzar su fama. En 1934 publicó *Suave es la Noche*, novela de trasfondo autobiográfico. En ella un exitoso psiquiatra, Dick Diver, se enamora de su paciente, la bellísima Nicole; y obtiene el deterioro moral

como única retribución.

El año 1936 apareció el último libro del escritor: *El Derrumbe*, y en él narra -con dulce ironía- la muerte de las ilusiones perdidas. Todavía en 1940, Fitzgerald trabajaba una nueva novela: *El Último Magnate*, obra que dejaría inconclusa.

Un ataque cardíaco fulminó su prematuramente envejecido corazón. Fitzgerald había muerto soñando con un castillo -ya sin luces- donde sólo habitaba el fantasma del inalcanzable hombre de éxito: el magnate.

¿Quién Mató a "El Gran Gatsby"?

El Gran Gatsby es la novela maestra de

Fitzgerald. No será la obra capital de la afortunada narrativa norteamericana, pero queda en la memoria del lector (y en su historia personal), como únicamente ocurre con las novelas inmortales.

Nadie que hubiera leído con amor esas breves páginas, dejará de regresar a ellas con la misma inevitabilidad de los ángeles que regresan al paraíso. Queda por su energía, su espíritu y su perfume poético.

En ella, el autor planteó la verdad central de su visión romántica: una dialéctica ironía ante el ansia de lo absoluto. Toda novela sufre descarnamiento homicida, si se la resume.

El Gran Gatsby sufriría mucho más, por su técnica de cons-

trucción lenta y enigmática; por su atmósfera de sugestión. El relato transcurre en un sólo verano, pero la cronología fluye con desplazamientos estructurales.

La historia la narra Nick Carraway, un chico del medio Oeste, corredor de bolsa en Nueva York, que alquila una vivienda en West Egg, Long Island. Su vecino es Jay Gatsby, millonario de fortuna misteriosa y reciente.

Gatsby busca atrapar el sueño más grande de su vida (acumuló fortuna para ello): revivir el amor que una vez tuvo con Daisy Fay, ahora casada con Tom Buchanan, adinerado de vieja data. El romanticismo de Gatsby habrá de ser cribado en el tiempo y en el espacio. Gatsby tiene una ilusión central: repetir el pasado.

El amor perdido de Daisy (margarita), la flor del Este, es el absoluto que le ata a ese pasado que busca revivir. Esta fidelidad a una visión es la medida de su grandeza y el argumento de su derrota. Daisy es una chica incapaz de entender la magnitud de tal sueño. Es "una espléndida orquídea de mujer, apenas humana". Al final Gatsby obtendrá una muerte estúpida, como toda muerte, en una piscina. Lo mató su ansia de belleza y de absoluto.

El romántico Oeste, encamado en Nick y Gatsby, cae derrotado ante el pragmático Este, escenario donde Daisy y Tom pactan una felicidad insensible.

No se puede afirmar que Gatsby hubiera sido áter ego de Fitzgerald. Éste era algo más: era el creador. Ambos fueron perseguidores de la maravilla perfecta. Sólo que Fitzgerald sabía que su héroe estaba atrapado en una afirmación agustiniana: toda belleza que no sea celestial, mata.

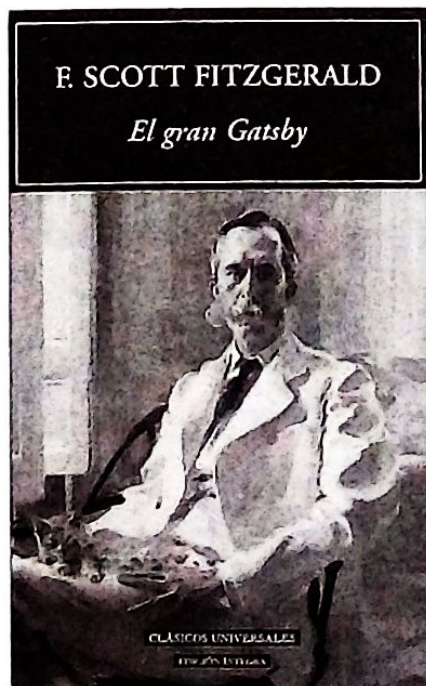
Gatsby acumuló fortuna para reconquistar el pasado; Fitzgerald valoraba el dinero únicamente como medio facilitador de relaciones humanas. Además, Fitzgerald asumió distancia crítica respecto de su personaje, imponiéndole el "Gran": un hombre deja de ser platónico el momento que se encumbra sobre una fortuna poco aristotélica.

El escritor sabía que la dorada "Era del Jazz" había engendrado su contracara: el gansterismo. Ese mundo que Samuel Dashiell Hammett, padre de la novela negra, comenzó a narrar en 1929 (año de la quiebra bursátil), en *Cosecha Roja*.

Y quizá habría que emplear un tono más elegíaco para referirse a él. Es uno de los pocos norteamericanos que recuerda las estulticias de la emulación económica y la competición egoísta.

Porque él, chico de Saint Paul, no fue únicamente perseguidor del triunfo esquivo; también enseñó a brillar incluso cuando las luces van apagadas. Sobre todo, es autor de *El Gran Gatsby*, es decir, una de las pocas novelas que todo mortal con suerte debiera llevar consigo al otro mundo.

Fin



HERENCIAS DE LA LITERATURA BOLIVIANA

Un recuerdo de Rómulo Gómez

Poeta y narrador cruceño (1902 - 1931)

Santa Cruz, 23 de agosto de 1931. El salón estaba adornado de gran duelo y repleto de gente selecta. Una artística orquesta hacía escuchar sonatas lúgubres. Cuando me tocó turno, hondamente conmovido por la desaparición del malogrado vate Rómulo Gómez, hijo, hablé así:

Señores:
Permitidme algunas frases improvisadas.

Vengo por impulso propio. Nadie me ha reclamado que represente a grupo o institución alguna; pero he creído que debía hacer este tributo, por tratarse de una muy sensible baja en la escasa línea de los verdaderos intelectuales de este querido suelo.

Gómez era uno de los mejores poetas de la última generación literaria boliviana. Era no una esperanza más, sino una realidad en el campo de los triunfos de la gaya ciencia la que se ha perdido al irse para siempre.

Tuve con él un acercamiento intelectual. Cuando en los Juegos Florales de 1929, tuvo su más brillante actuación poética, alcanzando la Flor Natural, ese ambicionado emblema de los que suben a la cumbre del simbólico Parnaso, a coronarse consagrando sus laureles a esa deidad llamada Inspiración, me cupo el honor de servir de

Mantenedor.

He ahí el vínculo que entonces me ligó al joven victorioso: le presenté al concurso de quienes acudieron a celebrarle, y entre ellos fui el portavoz del Jury que lo proclamó Poeta Laureado.

Cuán dolorosa es la muerte trágica y temprana, cuando se hacen ágiles ascensos en los repechos de que están llenos los caminos de la alegre vida juvenil. Cuando en son de conquista se toman los baluartes que la adversa suerte opone a todo vándante para probar su valentía, su fuerza y carácter.

Qué pesar para su madre y hermanos, para sus amigos y para todos sus conciudadanos, ya que un hombre de sus condiciones, siempre es un abanderado de las luchas del civismo y las conquistas del Derecho, pues por fuerza el poeta es un idealista, un simpático líder en las luchas sociales.

Morir en la fuerza de la vida es troncharse el árbol fibroso y resistente, al impulso de un vendaval violento y maléfico. Es cerrarse prematuramente el libro misterioso de la idea. Es romperse el bloque de piedra en que se esculpien las imágenes geniales de un vidente. Es, en fin, un eclipse que transforma en noche la mañana de un día que comenzaba primaveral y espléndido...

Mus, ¿para qué traer mayor tristeza que la pena que de suyo causa la muerte de un joven poeta? ¿Para qué agitar las cuerdas de nuestra sensibilidad? ¿Qué ganaremos protestando contra los arcanos que presiden el desarrollo de la fabulosa madeja, si la hoz de la Fatalidad

corta tempranamente el hilo precioso de una existencia, sin consultar nuestros sentimientos, ni hacer caso de nuestra voluntad?

La protesta es inútil...

Reflexionemos por otra parte que la

vida larga o corta, no vale sino por la herencia de verdad, de bien o de belleza que legamos a la familia patria de la que somos sus miembros, a la gran cadena humana de la que somos un anillo.

Felices de nosotros si en ese instante que es "nuestro tiempo", podemos singularizar nuestra actuación, para no ser inadvertidos, sino por el contrario una personalidad de acción vibrante, un corazón noble y beneficiante, una celebración o un carácter digno de ser inscrito en las menciones del libro de la vida y guardado entre los recuerdos acariciados de sus contemporáneos.

Ese es el triunfo máximo del artista y del sabio y ese es el premio que la Ninfa de los ensueños dormidos que se llama Inmortalidad reserva para sus predestinados, la supervivencia de nuestro nombre venciendo a la muerte del olvido y a las sombras del desengaño...

No creo necesario, para realizar su recuerdo, el buscar rasgos biográficos, pues sólo estubo de paso en los campos del vivir. Era aún tan joven que no había empezado la carrera de las luchas serias por los problemas del hogar. A un soñador como él, le cumpliría autobiografiarse con la frase de César: "Veni, vidi, vici". Vine a la vida de la idea, vi en ella todo el encanto que a las luchas de la existencia puede traer esa muga misteriosa de la Inspiración y vencí porque llegué a la meta y me gané en justa lid la corona de laurel. ¿Qué más queréis? ¿No es suficiente esto para ganarse un curiño intenso y perdurable en las memorias terroñeras, que se mantenga luciente como una estrella en el cielo de la patria, como un grato emblema en los recuerdos populares?

Poeta, adlós. Las flores de la Terra Nostra que cantasteis, darán sus perfumes a vuestra tumba.

Las aves os dirigirá sus trinos, las auroras os traerán las perlas de rocío, símbolo de las lágrimas que arranca vuestra partida prematura.



Dormid en paz allá en las fronteras de la patria, adonde fuisteis como centinela de su soberanía.

Al bajar de la tribuna, sentí como una ráfaga de viento que refrescó mi mente, y con ello volví en mí y empecé a recordar.

En la mañana estuve en los oficios religiosos en sufragio del joven amigo y pensé hablar, pero no hubo oportunidad, porque los concurrentes que no esperaban mi tributo, se dispersaron por las distintas puertas de la Basílica.

Recordé completamente. No era cierto que haya estado en la velada fúnebre en honor del poeta. Como fue una ovación de sus contemporáneos, no me invitaron a tomar parte en ella, y como era noche estuve fuera de la ciudad, ni siquiera concurrí al homenaje.

Mi oración era la que pensé pronunciar en el atrio de la Catedral, tras de la Misa, y mi deseo insatisfecho me hizo imaginar un público tributo. Es decir que había sido actor en la fúnebre conmemoración dedicada en justicia al poeta desaparecido.

"Valga la Intención", dije al despertar.

Plácido Molina Mostajo
Santa Cruz, 1875-1970. Poeta, escritor, historiador y abogado.

